

ro, lo que no tiene importancia alguna ni para la moral ni para el arte.

El teatro morirá para siempre en México, si á tiempo no viene un redentor que lo salve del abismo donde está próximo á caer.



## ESPAÑA EN MÉXICO.

**V**AMOS á dejar consignado en este artículo un hecho que honra al pueblo mexicano, porque revela que al fin se ha operado en él un cambio de sentimientos respecto de España, como lo exigieron por mucho tiempo la verdad y la historia.

Fresco está aún en la memoria de muchos el recuerdo de las hostiles manifestaciones, de los amargos reproches, de las tremendas é injustas apreciaciones de que se hacía víctima á la metrópoli española, no sólo por el pueblo ignorante y preocupado, sino tambien por los mismos que con sus luces y sus estudios debían ilustrar su criterio.

En efecto: se decía en todos los tonos que España, despues de conquistar la América á sangre y fuego, destruyendo así razas, civilizaciones, pueblos, etc., la había mantenido en la más profunda abyeccion y en la más torpe y criminal ignorancia; y que léjos de hacerla partícipe de los beneficios de la cultura cristiana,



se aprovechó durante tres siglos de cuantos elementos de riqueza ha derramado Dios sobre este suelo.

Se agregaba que España sólo se había ocupado en buscar con solícito esmero los medios más seguros de mantener en la opresión á los pueblos vencidos; de lo cual resultaba que éstos permanecían siempre en un lamentable estado de atraso, de humillación, de triste envilecimiento, en lugar de levantarse á la altura á que por sus condiciones favorables estaban llamados.

¡Ah! los que esto decían, ignoraban la historia, desconocían los hechos mejor dilucidados, y cerraban sus ojos á la luz con una obstinación sin ejemplo.

Todas las épocas de conquista han tenido sus horrores; y no es extraño que en la de México los hubiese habido también, y más cuando se considera que tan sólo un puñado de hombres valerosos luchó con pueblos enteros y conquistó dilatadísimos imperios. Justo es conceder que quien de esa manera se arrojó á una empresa sin igual en la historia, debió emplear todos los medios adecuados al logro de ella, siquiera fuesen sangrientos y terribles.

Pasada aquella era de catástrofes y de sangre, vinieron otros conquistadores, los conquistadores de almas; y éstos, con su dulce y persuasiva palabra, restañaron las heridas del pueblo vencido y derramaron sobre ellas el consolador bálsamo del cristianismo. Ya desde entónces, España sólo pensó en llenar de beneficios á estos pueblos, que habían agregado á su corona un nuevo florón, una nueva joya de que debería enorgullecerse.

Y vinieron á América gobernantes prudentes y justicieros, magistrados íntegros, prelados y sacerdotes llenos de sabiduría y de virtud.

La ignorancia y la mala fé de algunos decían ántes sin cesar, que el gobierno colonial había puesto diligente cuidado en mantener á la raza indígena de América en una perpétua abyección, sin educarla, sin ilustrarla, sin hacerla conocer las delicias inefables del trabajo intelectual; pues que de ese modo aseguraba la metrópoli su poderío en estos vastos territorios. Agregábase que aquí los pobres indígenas no sirvieron nunca para otra cosa, sino para trabajar en crudas y pesadas tareas, cultivando en medio de molestias infinitas los campos, y sacando ricos metales de las minas; todo lo cual redundaba sólo en beneficio de la clase privilegiada de la colonia. Ciertamente es, sí, que la raza indígena sufrió en México grandes vejaciones y dolores, y que más de una vez fué víctima de la codicia de los conquistadores; pero también lo es que, en primer lugar, semejantes acontecimientos eran cosa natural en una época como aquella, en que el derecho de conquista daba señaladas prerrogativas á los hombres valerosos y audaces; y en segundo lugar, que tanto los hombres buenos que vinieron de España (especialmente los misioneros), como el Gobierno mismo de la Península, procuraron por cuantos medios estuvieron á su alcance, poner coto á aquellos abusos y arbitrariedades. Allí están, si no, los nombres del P. Gante, de Fray Bernardino de Sahagún, del P. Motolinia y de cien más, que la historia no se cansará de bendecir; y allí está también la



famosa coleccion de *Leyes de Indias*, expedidas por los monarcas españoles para beneficio y utilidad de la raza vencida.

Desgraciadamente, si "las rectas intenciones de los soberanos nunca flaquearon—como dice un escritor—no siempre supieron llevarlas á efecto sus empleados." Las extorsiones sufridas por los indios fueron numerosas, "á pesar de que nada había recomendado tanto el rey, *como que fuesen bien tratados*, y relevados de los cargos que sufrían." Y rara vez sucedió que el gobierno guardara consideracion á empleados infieles, ni los conservara en sus puestos por temor ó necesidad. No quedaba impune el merecedor de castigo, y más se pecaba por severidad que por indulgencia. \* Por donde se ve que las desgracias del pueblo vencido tenían su origen en los excesos de las autoridades secundarias, como todavía se ve en estos tiempos, y en la índole perversa, desmedida codicia é insaciable sed de mando de algunos empleados y funcionarios; mas nunca en el deliberado propósito atribuido por algunos al gobierno español, de querer aplicar en provecho de la metrópoli el trabajo y los sacrificios de los indios.

Los misioneros, con sus palabras de paz y de dulce persuacion, llevaron á las oscuras inteligencias de los indios abundantes rayos de purísima luz; y en seguida fundaron escuelas y colegios, donde los niños indios iban á ilustrarse.

Las *Leyes de Indias*, sobre todo, llenas de

(\*) García Icazbalceta *D. Fray Juan de Zumárraga*, caps. III y IV.

prudencia y de sabiduría, estaban encaminadas á procurar el mejoramiento de la raza indígena por medio de la instruccion. Las puertas de la famosa Universidad de México se abrían para todos, hijos de españoles é hijos de los indios; dando pruebas estos últimos de notable precocidad, de ingenio y de raras dotes para todo género de estudios. Los nombres de Ixtlilxochitl, de Tezozomoc, de D. Diego Muñoz Camargo, de Juarez y de otros cuya lista sería interminable, poetas unos, historiadores otros, dan claro testimonio de que la raza indígena, cuando tuvo proteccion y amparo, floreció y engalanó la corona de la metrópoli con producciones que todavía hoy son estimadas.

Y el comercio, y la industria, y la minería y todo lo que significa un paso en la senda del progreso material, se ensanchó hasta donde fué posible, atendidos los tiempos y el espíritu de la época.

Si al proclamarse, pues, la independencia, México no alcanzaba todavía el grado de civilizacion que querían algunos, culpa fué del tiempo y no de España, según la oportuna y galana observacion de un poeta célebre.

Pero sea de esto lo que fuere, la verdad es que España hizo con sus colonias de América lo que le inspiraba su amor de madre, y les legó el mayor número de bienes que á su alcance estuvo darles; todo lo cual, volvemos á decir, se desconocía ó se olvidaba, no sabemos si por ignorancia ó por mala fé de los que debían ilustrar y dirigir el criterio popular. De aquí las maldiciones á España y á los españoles, los discursos



rencorosos, la saña y la diatriba de que estaban llenas las oraciones cívicas de Septiembre.

Hoy no sucede así: hoy el pueblo manifiesta su júbilo sin verter frases ni improperios contra la que fué nuestra metrópoli. Hoy todos buscan en la historia la explicacion de hechos que ántes no comprendían. Hoy se reconocen las buenas obras de España en América, y nadie niega que la primera semilla de civilizacion sembrada en este suelo por los españoles está dando sus frutos, frutos que se manifiestan en esta hidalguía del corazon mexicano, en este amor á la familia y á la patria, en este anhelo vivísimo y creciente de ver á México grande, próspero y feliz.



## ANIVERSARIOS.

### I

Marzo 3 de 1880.



IMPOSIBLE que en México se borre nunca la memoria del Sr. D. Anselmo de la Portilla, ni que se olviden por nadie los méritos que él contrajo desde su llegada á nuestro país. \* Los servicios que prestó á México y á España, reconciliando los ánimos de los hijos de ambos pueblos, por medio de una predicacion pacífica y persuasiva de la verdad histórica, se recordarán siempre en nuestra patria con intensa y honda gratitud; porque merced á esa obra laudable del Redactor de *La Iberia*, acabaron para siempre aquellos ódios y rencores, aquellas manifestaciones hostiles y aquellos agrios resentimientos entre españoles y mexicanos, que más de una vez turbaron la confianza y la armonía entre ellos, al grado de querer provocar gravísimos conflictos entre las dos naciones.

(\*) Véase su biografía en otro tomo de esta coleccion



El Sr. Portilla, con aquel criterio ilustrado y generoso, con aquel corazón que todos le conocimos, comprendió desde el primer momento que pisó nuestras playas, que tan extraña conducta sólo era debida á preocupaciones injustas y á extraños errores, hijos de un desconocimiento absoluto de la historia. Y lleno entónces de entusiasmo para acudir en defensa de la verdad; animado de un nobilísimo celo, que sólo debía agotarse con su muerte, y mostrando en todo un desinterés y una abnegación verdaderamente admirables, se dedicó á la árdua y fatigosa labor de combatir aquellas preocupaciones, para poner en cabal armonía todos los ánimos. El triunfo fué suyo; y nadie como el Sr. Portilla ha tenido la gloria de ver tan ampliamente recompensados sus afanes y su constancia de tantos años.—Su recta imparcialidad, su elevado criterio para estudiar y explicar la historia; las justas y sensatas reflexiones que abundaban en sus escritos, unido todo á la sana intención que le guiaba, y á la alteza de los fines á que quería llegar, dieron siempre al ilustre periodista la victoria sobre sus adversarios. Renacieron entónces, con júbilo y satisfacción de todos, la amistad y la confianza entre españoles y mexicanos; se estrecharon los vínculos de una antigua y sincera fraternidad, y olvidando antiguas divisiones, unos y otros se propusieron trabajar á la sombra de la paz en pro del mayor bienestar y engrandecimiento de esta bella nación que todos amamos. . . —Hé aquí el mejor florón de la gloria del Sr. Portilla; hé aquí lo que en todo tiempo nos hará bendecir su memoria. . . .

Hoy, primer aniversario de su muerte, nosotros no sólo recordamos al escritor elegante y castizo, al periodista concienzudo y ameno, al grande y buen amigo de México, al sereno filósofo que siempre tuvo en sus labios palabras de prudencia, de conciliación y de justicia; sino que recordamos también al cumplido y completo caballero, de corazón generoso y noble hidalguía; al amigo leal y sincero que prodigaba los tesoros de su alma cuando se le pedían consejos y consuelos; al hombre virtuoso, en fin, de raras y distinguidas cualidades que dejó un eterno vacío en su hogar y en su familia, y en el corazón de sus numerosos amigos. . . .

La gratitud, en los hombres y en los pueblos, es un sentimiento que honra y enaltece; y es además una prenda de ilustración que realza los arranques generosos del espíritu.—Por eso en este día, en que recordamos con pena la muerte de un hombre benéfico, mexicanos y españoles debemos hacer alarde de que la memoria de D. Anselmo de la Portilla está viva entre nosotros, y de que la bendecemos y la amamos como él lo mereció por sus virtudes.

## II

Marzo 3 de 1881.

Dos años hace hoy que bajó á la tumba, llorado de todos, el ilustre periodista español Sr. D. Anselmo de la Portilla.—El 3 de Marzo de 1879, España perdió á un hijo distinguido que la honraba en América, México perdió á un buen amigo, la causa de la fraternidad entre es-



pañoles y americanos perdió á su más celoso é incansable batallador, y la literatura, el periodismo, las ciencias sociales, perdieron, en fin, al que con su talento superior y sus inspiraciones generosas supo contribuir á su mejor desarrollo y engrandecimiento entre nosotros. Dos años hace hoy que falta del hogar el esposo modelo, el padre amantísimo, el amigo fiel y cariñoso que cifraba sus más puras delicias en hacer el bien y en prodigar los dones de su benevolencia á cuantos á él se acercaban. Hoy hace dos años, por último, que los hijos de México y los hijos de España, agradecidos por los servicios que debieron al Sr. Portilla, se asociaban de corazón al dolor de una familia buena y virtuosa que lloraba su orfandad. . . .

¡Singular privilegio el de los hombres de verdadero mérito! ¡Poder inmenso el del cariño que ellos supieron inspirar con sus virtudes y las raras prendas de su corazón y su carácter!—Dos años han pasado, tiempo ¡ay! suficiente para olvidarlo todo, y todavía nos parece que fué ayer cuando se apagó aquella inteligencia clarísima y dejó de latir aquel noble y gran corazón: tan vivo así es nuestro dolor al llegar hoy este aniversario, tan honda es nuestra tristeza al recordar las virtudes que enaltecieron al Director de *La Iberia*, tan inmensa fué aquella desgracia, tan irreparable la pérdida sufrida. . . .

El nombre del Sr. Portilla jamás morirá en México: su obra está en pié, gallarda y magnífica, y delante de ella se dan el abrazo de hermanos mexicanos y españoles. En vano intentarán destruirla mezquinas rivalidades é injustas

antipatías: la ilustracion del siglo, la comunidad de intereses, los sentimientos de los hombres, cada dia más humanitarios y generosos, serán en todo tiempo el mejor escudo de los lazos de concordia y fraternidad que el Sr. Portilla vino á establecer, con su serena y pacífica predicacion, entre los hijos de ambas naciones.

Podrán las volubilidades humanas y el trascurso del tiempo ocultar momentáneamente alguna vez el nombre de D. Anselmo de la Portilla, porque hay épocas en que parece olvidarse todo, y en que se desconoce hasta lo que es digno de perpétua y feliz memoria; pero cuando un conflicto doloroso, una dificultad grave, un desastre traído por la imprudencia de las pasiones, se termine y acabe por medio de un gran arranque de fraternidad hispano-americana, entónces aquel nombre respetado surgirá luminoso y radiante para ser saludado y bendecido por todos.

Sean estas pobres líneas la expresion sincera de los sentimientos de gratitud que los mexicanos debemos al Sr. Portilla, y sean tambien como la siempreviva que viene hoy á depositar sobre la tumba de aquel hombre magnánimo, quien le debió cariño de padre y consejos é indicaciones de amigo.

### III

Marzo 3 de 1882.

Hay hombres cuya vida es de tan inmenso valor para una sociedad, cuyos hechos dejan tan honda huella en la manera de ser de un



pueblo, y ejercen tan alta influencia en los sentimientos, ideas y opiniones de los individuos, que cuando desaparecen, no sólo dejan un vacío en el hogar y en la familia, sino que su ausencia se hace sentir en todos los círculos que estaban acostumbrados á recibir el valioso contingente de su talento y de su laboriosidad.

Al número de estos hombres benéficos pertenecía el Sr. D. Anselmo de la Portilla, que falleció en esta capital el 3 de Marzo de 1879, causando vivo sentimiento en todo el país. Sus amigos y admiradores celebramos hoy, llenos de profunda pena, este triste aniversario, pues á medida que el tiempo trascurre, comprendemos y lamentamos más y más la pérdida que con la muerte del Redactor de *La Iberia* sufrieron México y España.

Tres años ha que nos falta el concurso de aquel corazón generoso y magnánimo, de aquella ilustrada y clarísima inteligencia, de aquella voluntad firme y constante en la práctica del bien; de aquel hombre, en fin, que dedicó toda su existencia á la grande obra de la reconciliación y de la paz entre dos pueblos hermanos. Los frutos de ella son hoy y serán siempre un consuelo y un nuevo y poderoso vínculo entre mexicanos y españoles, dos nacionalidades que, divididas un tiempo por absurdas preocupaciones, se hallan hoy estrechamente unidas por la fraternidad más franca y la amistad más sincera.

México perdió en D. Anselmo de la Portilla un amigo leal que se interesaba de corazón por su progreso y por su engrandecimiento. El pe-

riodismo perdió una de sus glorias, porque todos saben que el Sr. Portilla hizo de la prensa un verdadero sacerdocio, en el que predicaba sin cesar la paz y la justicia, unidas á un espíritu de concordia y fraternidad, inspirado en los altos deberes que impone el patriotismo. La literatura perdió también en el Sr. Portilla un colaborador eficacísimo, que sabía impulsarla, darle mayor brillo, y engrandecerla con sus notables producciones; aquellas producciones que todos leíamos con deleite, por su rara y encantadora naturalidad, su estilo persuasivo, y los primores de pensamiento y de lenguaje diseminados en ellas. Y la juventud lamenta también hoy, después de tres años, la falta de aquel maestro tan benévolo y tan dulce, que siempre tenía en sus labios palabras de animación y de esperanza.....

Todos, pues, tenemos hoy motivos para celebrar con tristeza el tercer aniversario de una desgracia que todavía nos aflige..... Recordemos los méritos de aquel sábio modesto, y rindiendo tributo á la justicia, bendigamos la memoria de D. Anselmo de la Portilla....







EL CENTENARIO  
DE SANTA TERESA DE JESUS.

I

15 de Octubre de 1882.



EL mundo católico está hoy de gala. Todos los que sientan en su pecho amor á lo grande, á lo bello y á lo santo; todos los que sepan comprender y admirar los méritos altísimos de una virtud acrisolada, de una pureza intachable, de un génio poderoso y peregrino, realzado todo por una firme y extraordinaria voluntad para seguir por el camino del bien; todos aquellos, en suma, que se hayan regocijado y deleitado con la contemplacion de esa figura inmortal de la Monja de Avila, que despues de tres siglos se impone todavía á las almas, habrán sin duda visto llegar esta fecha con emocion y júbilo, y se habrán preparado á celebrar de una manera digna el gran acontecimiento que en ella se recuerda.

En efecto: la Iglesia, las Ordenes religiosas, la Filosofía, la Literatura, la Ciencia, tienen en Santa Teresa de Jesus una de sus más puras y



resplandecientes glorias: ella constituye por sí sola una joya de universal renombre, de la cual pueden enorgullecerse, no sólo su sexo y su patria, sino todas las naciones del mundo y toda la humanidad. La santidad de su vida; los admirables ejemplos de humildad, de mansedumbre y de tierna unción con que edificó á sus contemporáneos; aquella severidad sin ejemplo y aquella exquisita prudencia con que procedió en la reforma de su Orden; los profundos estudios y hondas meditaciones en que se sumergía su alma privilegiada, para investigar la verdad y nutrirse de ella; las labores inauditas de su entendimiento y de su inteligencia poderosísima, de las cuales son rico y embalsamado fruto sus obras; y por último, aquellos celestiales éxtasis, aquellas delicias inefables que encontraba su espíritu en medio de los escondidos secretos de la oración: hé aquí otros tantos motivos para sentir el corazón henchido de dulce amor hacia la memoria de la Santa que hoy celebramos.

## II

De moda se ha hecho en nuestros días celebrar los centenarios de los grandes personajes que viven en la historia. Se ensalzan públicamente sus méritos y sus virtudes; se recuerdan su vida y sus obras; se narran con minuciosos detalles algunos episodios en que intervinieron, y se les tributan, por último, honores, distinciones y culto que llegan á la exageración, como si todo lo que hicieron y lo que fueron se lo hubiesen debido á sí mismos, y no á la bondad Divina del Dios del Universo.

Frescos están aún en la memoria de todos, los escándalos á que dió origen en Francia el centenario de Voltaire. Allí se elogió con frases pomposas y atrevidas la impiedad y el cinismo de aquel escritor francés, su ingrata y aborrecible tarea de denigrar al Catolicismo, la corrosiva inmoralidad de que están llenos todos sus escritos, y aquel sarcasmo, en fin, amargo y grosero, que tantos corazones ha pervertido, y tantas inteligencias ha dañado y perdido sin remedio.

No; no son los hombres como Voltaire los que merecen las celebraciones de un centenario; no son ellos los que deben ser puestos á la vista de las muchedumbres, para ser imitados y ensalzados, ni ménos para que la humanidad se sienta llena de regocijo con el recuerdo de su vida. Traigamos á la memoria, sí, á Camoëns, el poeta épico cantor de las glorias portuguesas, que con su inmortal poema conmueve el corazón y eleva los sentimientos; á Calderon de la Barca, preciado ornamento del drama español, y cuyas obras producen en el alma benéfica y consoladora impresion, haciéndole descubrir y amar los hermosos senderos de la fé, de la piedad y del amor.

Celebremos, por último, lleaos de satisfaccion y de júbilo, á Santa Teresa de Jesus, la suave y dulce monja que derramó en el suelo español la exquisita fragancia de sus virtudes, que agregó nuevas joyas á la corona de la literatura castellana, y que fué elegante escritora, tierna poetisa, pensadora eminente y maestra en casi todas las ciencias que florecieron en su época.



III

Todos saben que Santa Teresa de Jesus nació en Avila, y que desde muy pequeña dió claras señales de lo que debía ser despues: modelo de honestidad y de recato, dulce de carácter, de corazon vivo y apasionado por todas las cosas de Dios, tanto que leyendo los hechos gloriosos de los mártires, se encendió su alma en el amor divino, y quiso marchar al Africa con un hermano suyo para derramar su sangre por la fé de Cristo. A los veinte años, tomó el hábito de religiosa en el Monasterio de Nuestra Señora del Cármen; y en la soledad del claustro se entregó con afan vivísimo á la oracion y al estudio. "Iluminada por la luz de la fé—se lee en la Bula de Canonizacion expedida por Gregorio XV—contemplaba tan distintamente con los ojos del alma el cuerpo de Jesucristo en el Santo Sacramento de la Eucaristía, que decía no tener envidia alguna á los que lo vieron con los ojos del cuerpo. En cuanto á la virtud de la esperanza, la tenía tan viva en el Señor, que sin cesar se lamentaba de su encarcelamiento en esta vida mortal, porque le impedía gozar continuamente de la Divina Majestad; y siendo muchas veces arrebatada en éxtasis, considerando las delicias del Paraíso, creía que al fin participaría de ellas." En efecto, bien conocidas son aquellas estrofas, llenas de unción y piadosa melancolía, en las cuales explica de breve y conciso modo su ardiente anhelo por la vida de los bienaventurados:

Vivo sin vivir en mí,  
Y tan alta vida espero  
Que muero porque no muero.  
¡Ay qué larga es esta vida,  
Qué duros estos destierros.  
Esta cárcel y estos hierros  
En que el alma está metida!  
Sólo esperar la salida  
Me causa un dolor tan fiero  
Que muero porque no muero.  
¡Ay, qué vida tan amarga  
Do no se goza el Señor!  
Y si es dulce el amor,  
No es la esperanza larga:  
Quitame, Dios, esta carga  
Más pesada que el acero,  
Que muero porque no muero.  
Solo con la confianza  
Vivo de que he de morir,  
Porque muriendo al vivir  
Me asegura mi esperanza:  
Muerte do el vivir se alcanza  
No te tardes que te espero,  
Que muero porque no muero.

En la soledad silenciosa del claustro, recogido su espíritu en tranquila meditacion, escribió aquellas obras admirables de que con justicia se enorgullece la literatura española, tales como *Libro de su vida*, *Constituciones primitivas*, *Camino de perfeccion*, *Concepto del amor divino*, *Exclamaciones*, *Relaciones de su vida*, *Fundaciones*, *Libro de las moradas*, *Avisos*, *Modo de visitar los Conventos*, *Escritos Varios*, *Poesias* y *Cartas*; en las cuales al mismo tiempo que se ostenta una asombrosa variedad de conocimientos,



se vé el vigor y la elegancia de estilo llevados á un grado superior y extraordinario. De todo trata la Santa en esas obras; todos los géneros literarios están allí representados, el histórico, el místico, el poético, el didáctico, el epistolar, etc. Fray Luis de Leon decía que al leer las páginas trazadas por la monja de Avila "no era posible acertar á comprender en el alma de una flaca mujer tan grandes y espirituales conceptos, á no estar alimentada con el fuego del amor divino que llevaba como encendido perpétuamente en su corazón."

#### IV

Vida laboriosísima fué, como pocas, la de Santa Teresa en el claustro. Su pensamiento era incansable; su actividad no se agotaba jamás; de su pluma y de sus labios brotaban constantemente hermosos y gallardos pensamientos, que eran prueba innegable de la inspiración que sobre ella mandaba el Espíritu Santo.

Su vida de humildad, de caridad inagotable, de penitencia continua, estaba embellecida por el trabajo.—Escribía, redactaba preceptos, ordenaba preciosas y eficaces reglas para la vida religiosa, y seguía con atento exámen el movimiento intelectual de su época. Ella emprendió la reforma de la Orden del Carmelo; y aunque encontró obstáculos y oposición aun en aquellos que mejor debían ayudarla, Dios coronó su obra concediéndole ver realizados sus deseos.

Numerosos monasterios se levantaron en Es-

paña, así de religiosas como de religiosos, y merced á su ardiente celo, á su inagotable eficacia, al encendido anhelo que la animaba de procurar el bien de las almas, aquellas casas de bendición fueron fecundas en frutos de gracia y de salvación para cuantos llamaban á sus puertas.

Para concluir, insertamos en seguida el retrato que de la Santa hizo uno de sus contemporáneos, el P. Francisco de Santa María.

Dice así:

"Era Teresa de Jesus generosa, y no soberbia; humilde y no abatida; amorosa y no pegajosa; apacible y llena de actividad. Su discreción, suavidad, agradecimiento, fidelidad y verdad (disposiciones para todo buen empleo de virtud), aun en más crecida edad fueron de admiración, y en la primera llevaban la atención de los que la miraban. Y por que Dios la formaba para granjeadora de muchas almas, la llenó de aquellas gracias que más suelen prender corazones. Compuso y adornó su rostro de hermosura grave; dió agrado á sus palabras; rodeóla toda de admirable donaire y modestia; de suerte que afirman por cierto los que la conocieron que nadie llegó á conversarla que no quedase prendado de su trato, y deseoso de comunicarla muchas veces. Niña, y de mayor edad, seglar y religiosa reformada y ántes de reformarse, era con cuantos la veían el añagaza de Dios: por que el aseo y buen parecer de su persona, digna de la gravedad de una matrona, la discreción y gracia de su habla, la suavidad de su condición, la viveza de su entendimiento, junto con la modestia de su rostro, la hermoseaban y



agraciaban de manera, que el profano y el santo, el noble y el plebeyo, el sábio y el ignorante, el de mayor edad y de menor; y todo género de gente, sin salir ella nada de sí misma, quedaban como cautivos de su trato.

“En estos excelentes naturales, como en tierra fértil y sazónada, prendió luego con firmes y hondas raíces la semilla celestial de la gracia que en el bautismo recibió, llegando á ser una de las almas más favorecidas de Dios en la tierra, y de las que gozan mayor gloria y valimiento en el cielo.”



## ITURBIDE

Y EL 27 DE SEPTIEMBRE.

### I

**C**ONTRARIAS rivalidades de partido, primero, y despues añejas y absurdas preocupaciones, han querido borrar la fecha gloriosa del 27 de Septiembre de los anales de nuestra historia contemporánea. Los bandos liberales que en estos últimos años se han disputado el poder, y han llevado las riendas del Gobierno de la República, han querido olvidar que en igual fecha de 1821 el inmortal Libertador D. Agustín de Iturbide consumó la independencia de México, sin armas y sin derramamiento de sangre, ántes llevando al ánimo de todos, españoles y mexicanos, el júbilo más completo y la satisfacción más placentera. La admirable prevision y sábia prudencia de aquel famoso caudillo supieron conquistar en poco tiempo el mayor tesoro que puede ambicionar un pueblo, su libertad; y esa conquista fué sólida, perfecta, imperecedera, tal como la reclamaban ya el es-